

Pobreza : medida — vacía, por su puesto — de lo que el hombre necesita para vivir.

Lujo : medida—nunca llena—de todo lo que el hombre necesita para gozar.

El lujo no es más que la superficie ; la miseria es el fondo.

Lujo es una palabra cuyo sentido es miseria.



EL LUJO DE LAS MUJERES

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

**S**E ha levantado en el corazón mismo de la Francia un grito terrible contra el lujo de las mujeres, que ha sido inmediatamente acogido por todos los hombres.

La voz de M. Dupin, más aguda que profunda, ha ido á clavarse como la punta de una aguja en la piel delicada y sensible de todos los bolsillos.

Este suceso tiene dos aspectos.

M. Dupin, alzándose valerosamente contra el lujo, llega á tomar á nuestros ojos las proporciones de un grande hombre; pero el mismo M. Dupin, acometiendo con impetuoso denuedo el lujo de las mujeres, pasa á los ojos de cualquiera por no ser más que un pobre hombre.

En el primer caso, parece que, lanzándose en medio del camino por donde se precipita la corriente del siglo, intenta detenerla.

Esto es sublime, es heroico; supone un valor extraordinario y una fuerza invencible.

En el segundo caso, M. Dupin me hace el efecto de un hombre que, queriendo apagar una luz, sopla en el reflejo que la misma luz produce.

Y de cualquier modo que esto sea, ciertas dudas que me asaltan suscitan en mi ánimo la siguiente serie de preguntas:

¿La cuestión es de sentimiento ó de cálculo?

¿Se habla en nombre de la virtud, ó de la economía?

¿Se pretende que las mujeres sean honestas, ó sólo se aspira á que sean baratas?

¿Con qué debemos discurrir en el caso presente? ¿con el corazón que siente, con la cabeza que reflexiona, ó con el bolsillo que calcula?

¡El lujo de las mujeres! Horrible abominación. Todos los hombres debemos reunirnos y armarnos para caer juntos sobre.... ¿sobre quién? ¿Sobre el enemigo de nuestro reposo, sobre el enemigo de nuestra honra, ó sobre el enemigo de nuestro dinero?

Arrojémonos con violento empuje sobre ese ejército que nos saquea; lancémonos todos contra esas nubes de langostas que devoran nuestras cosechas; rasguemos los encajes, despedacemos las blondas; abajo los diamantes, fuera el terciopelo, muera la seda.

He aquí la gran hazaña que tenemos delante.

¿La hemos pensado bien? Veamos.

¿Contra quién nos dirigimos? Contra las mujeres. ¿Qué han hecho las mujeres para ser repentina-

mente blanco de nuestra indignación y objeto de nuestras iras? Gastar mucho, gastar más de lo que tiene el padre, gastar más de lo que tiene el hermano, gastar más de lo que tiene el marido, gastar más de lo que tienen todos los hombres que andan siempre alrededor de las mujeres que gastan mucho.

¿Y en qué gastan tanto las mujeres?

En blondas, en encajes, en diamantes, en seda, en terciopelo, en alfombras y en perfumes, en coches y en caballos.

¿Y cómo se llama esto?

Se llama lujo.

Pero bien: ¿qué cosa es el lujo?

Siempre ha sido la señal evidente de la decadencia de las naciones, el síntoma grave de la corrupción de los pueblos, y el anuncio de su ruina; así lo dicen la fastuosa Babilonia, la sensual Grecia, la soberbia Roma.

Cierto; pero eso era antes, cuando el hombre, envuelto en las tinieblas de la ignorancia, andaba á ciegas por el camino del progreso.

Aquella pobre gente no sabía ser grande, ser rica, ser poderosa, y caía oprimida por el mismo peso que intentaba levantar sobre sus hombros.

Hoy el lujo es todo lo contrario: es eso que llamamos desarrollo de los intereses materiales; es eso que se llama *economía* por burla y *ciencia* por sarcasmo; es eso que con altanera satisfacción llamamos *prosperidad pública*.

Pensadlo bien : el lujo es el fomento de esa gran industria que vosotros llamáis civilizadora ; es la vida del comercio , el alma de la Bolsa.

Es el gran resorte que nos empuja por el camino del progreso moderno ; es esa necesidad activa que á todos nos mueve.

Observad atentamente la dirección de todos nuestros adelantos , y veréis cómo todos van á parar á un mismo punto : al lujo.

No nos precipitemos ; el asunto es más serio de lo que á primera vista parece : pensadlo bien ; no vayamos á clavar la espada de nuestra ira en las entrañas mismas de nuestra civilización magnífica.

No os dejéis arrastrar impremeditadamente por la voz de M. Dupin ; ese hombre intenta sublevarnos contra nuestro siglo ; es preciso que lo sepáis : la reacción es la que habla por su boca.

¡ El lujo de las mujeres ! Esa no es más que una manera capciosa de presentaros la cuestión , porque las mujeres no han venido á ser más que el lujo de los hombres.

Los entendimientos vulgares , que todavía discurren por el añejo sistema de tres y dos son cinco , nos dirán : « Suprimid el lujo , porque el lujo nos arruina ».

No hay inconveniente en admitir semejante supuesto , porque tenemos á la mano una réplica victoriosa.

Nosotros les diremos :

« Si es cierto que el lujo nos arruina , es eviden-

te que si suprimimos el lujo nos arruinamos. »

Si se espantaran de esa afirmación terrible , añadid :

« Hemos quemado las naves para no retroceder. ¿ Dónde están ya las virtudes con que pudiéramos sustituir al lujo ? »

Ellos no pueden presentarlas , y no tendrán más remedio que convencerse.

Y aplicando la filosofía de todos los tiempos á la historia presente , vuelvo á preguntar :

¿ Qué es el lujo ?

El lujo es la religión de la materia , el culto de los placeres , la moral del deleite. ¿ Y hemos de destruir de un solo golpe la religión , el culto y la moral de nuestro siglo ?

¿ Qué se pretende ?... ¿ que las mujeres renuncien á la parte que legítimamente les corresponde en el goce universal de la propiedad pública ?...

¿ Habremos de despojarlas de su derecho porque son débiles ?... ¿ Queréis que valgan más y que cuesten menos ?

Si las mujeres , que vosotros habéis hecho á vuestra imagen y semejanza , se despojaren del valor de las blondas , de los diamantes , de los perfumes y de la seda , ¿ qué valdrían ante la culta sensualidad de vuestros sentidos ?... ¿ Por qué no han de gastar las mujeres lo que no tienen , cuando las naciones y los gobiernos gastan lo que no tendrán nunca ?

Si son como vosotros las habéis hecho , ¿ por

qué género de lógica pretendéis que sean de distinta manera? Si os imitan, ¿por qué las acusáis?

Si es el lujo de las mujeres el brillante espejo en que nuestro siglo se ha detenido á mirarse la cara..., ¿qué pretendéis?... ¿romper el espejo?

Pobres mujeres, que ostentáis diamantes, que os cubrís de encajes, pisáis terciopelo y arrastráis sedas, ¿adónde nos lleváis?—La escasez de vuestras virtudes no nos inquieta, pero el exceso de vuestro lujo nos espanta.

Vosotras, en cambio, sois la justicia, porque sois como ellos os merecen; y sois al mismo tiempo la bondad, porque sois como ellos os quieren.

¿No os han despojado de vuestra modestia? Pues devorad vosotras hasta el último céntimo de sus riquezas. ¿Os han perdido? Pues arruinadlos.

Es curioso esto. ¡Os han iluminado con todas las luces del siglo, y pretenden ahora que renunciéis á la satisfacción de brillar ante sus mismos ojos!

Alzad la voz, y decidles que se han abierto vuestros deseos; que se han disipado ante vuestras miradas las tinieblas de todas las preocupaciones; que veis claro; que ya, en fin, no servís para monjas; que ya es tarde para contener vuestra vanidad excitada, en la honesta obscuridad de la familia y de la casa.

Pedid lujo, y que ellos pidan limosna.

Si la virtud os condena, ¡qué importa!; la civilización os absuelve.



## LA ESTRELLA MADRILEÑA

**D**ESDE el principio del mundo creo yo que ha de haber sido cuestión difícil de resolver una que hoy se nos ofrece con interés más vivo.

Yo pregunto: ¿Es una felicidad para un padre, para un marido, para un hermano ó para un hijo tener una hermana, una esposa, una hija ó una madre más ó menos joven, más ó menos hermosa, más ó menos buena, pero de cualquier modo notable, ó por su lujo, ó por sus caprichos, ó por su nacimiento, y aun me atrevo á decir, por su talento y aun por sus virtudes?

Cualquiera que sea el padre de esa hija, el marido de esa esposa, el hermano de esa hermana, el hijo de esa madre, ¿podrá ver con gusto que su hija, su esposa, su hermana ó su madre pertenez-

can en cuerpo y alma al primer folletinista que quiera sacarlas al mercado de la publicidad, vestidas de un modo ó desnudas de otro, como son ó como no son, con pretexto ó á título de mujeres ilustres?

Esta es la cuestión.

Si la viva necesidad que todos experimentamos de tener coche, nos hace ver con satisfacción á nuestras madres, ó á nuestras mujeres, ó á nuestras hermanas, ó á nuestras hijas, puestas en berlina, declaremos desde luego que tener por mujer, por madre, por hermana ó por hija á cualquiera de esas mujeres, es una felicidad, un encanto.

Pero si hay algo en el talento y en las virtudes que la modestia reserva; si hay algo en el lujo y en los caprichos que el pudor rechaza; si hay, en fin, algo en la persona ó en sus pensamientos, en sus palabras y en su vida, que el derecho de propiedad impida sacar á pública subasta, para entretenimiento de las gentes, digamos que tener por mujer, por madre, por hermana ó por hija á cualquiera de esas mujeres, es una triste cosa.

Yo comprendo muy bien todos los derechos de la publicidad; yo sé que para una pluma de acero ó de ganso, puesta en la mano de un hombre sin conciencia ó de un hombre sin entendimiento, esto es, de un malvado ó de un tonto, no hay ya nada respetable.

Estó, todos lo sabemos.

Pero yo pregunto de nuevo:

¿Es lícito, con pretexto de un vestido, de un encaje ó de un brillante; con motivo de unos ojos azules, ó de unos ojos negros, ó de una tez blanca ó morena, ó de una frase más ó menos aguda, ó de un origen más ó menos alto; es lícito, pregunto, á título de publicidad, sacar á una porción de mujeres de la honestidad de la vida privada, permitaseme la frase, al escándalo de la vida pública?

Pero ya no se trata de la mera publicidad del nombre, del vestido, del fausto ó de la gracia de la persona; se trata de la publicidad de la persona misma.

Buscando ejemplos auténticos que atestigüen la oportunidad de las preguntas que acabo de hacer, abro un periódico, y leo:

«Sabemos que con el título de *Estrella Madrileña* se ha formado una empresa que tiene por objeto dar brillantísimos bailes de máscaras.»

Al llegar aquí, creerán Vds. que sólo se trata de una empresa que busca la ganancia de su dinero aplicándolo al negocio de los bailes de máscaras.

Pensarán que sólo se trata de una especulación propia del movimiento de nuestros tiempos, y se quemarán las cejas buscándole una importancia que en realidad no tiene.

Pero deben saber que en este caso no se trata de convertir el lodo en oro, fundiendo en el horno candente de un baile de máscaras todo lo que tiene de frágil barro la especie humana.

No se trata de vender públicamente por más ó

menos precio la libertad del vicio , elevándola á la luminosa potencia de un salón destinado á dar bailes de máscaras.

No se trata de hacer objeto de la especulación de una empresa esa primera materia que la libertad de las costumbres arroja diariamente al mercado público.

El negocio esta vez , considerando que se trafica demasiado con las flaquezas , las debilidades y las miserias de la multitud , ha pensado seriamente, por lo visto , en que la honestidad y el decoro pueden ser también motivo de utilidad y de ganancia.

Su pensamiento , según el mismo periódico , es este :

« Cosa sabida es que , por causas que ahora no son del caso , la concurrencia que , por lo general , asiste hoy á los bailes de máscaras , no suele ser (salvas raras excepciones) de lo más escogido , sobre todo en lo que se refiere al bello sexo ; pues bien : el objeto de *La Estrella Madrileña* es celebrar algunos bailes , á los cuales puedan asistir sin inconveniente algunas honradas hijas de familia , y presentarse sin desdoro cualquiera persona distinguida. »

Esto es : *La Estrella Madrileña* se propone realizar un capital imposible ; quiere convertir el vicio en virtud , el escándalo en pudor , la desvergüenza en honestidad.

La magnitud de este pensamiento es tal , que

apenas puede caber en una cabeza humana , y por eso ha tenido que surgir del fondo profundo de la cabeza , por lo común múltiple , de una empresa.

Por regla general , de los bailes de máscaras huyen las personas honestas , y este conjunto de gente que huye de los bailes de máscaras , roba , permitaseme la palabra , al negocio , una cantidad mayor ó menor , que caería perfectamente en los bolsillos de las empresas.

El dinero de las mujeres honradas también es dinero. Dinero algo más escrupuloso , pero al fin dinero.

El caso , por consiguiente , es este :

En vista de que á las tabernas no concurren más que gentes de malas costumbres , ha nacido el pensamiento de establecer una donde pueda ir á embriagarse sin desdoro cualquiera persona distinguida.

Al periódico que anuncia este proyecto , le parece la idea muy oportuna , y promete que celebrará el éxito si corresponde á tan buenos deseos. ¡ Qué ingenuidad tan elocuente !

Desde luego podemos anunciar que el éxito es seguro.

Las razones se caen de su peso.

En primer lugar , se trata de un baile público , y , claro está , que por su dinero podrá asistir á él todo el mundo , si se exceptúan los presos que se hallan en el Saladero , y las mujeres que se encuentran detenidas en la Cárcel-Modelo.

No hay duda, pues, de que pueden asistir á esos bailes honradas hijas de familia, y presentarse en ellos cualquiera persona distinguida.

En segundo lugar, se trata de un baile de máscaras, en cuya virtud—que no todo ha de ser vicio en esos bailes—la persona que asista tiene el derecho de entrar con la cara tapada.

¿Cuál es el inconveniente que tienen las mujeres honradas para ir á los bailes de máscaras?

Uno solo: el de ser honestas.

Ahora bien: ¿cómo se conoce á una mujer honesta después que ha tomado la precaución de ponerse una careta?

De ningún modo.

Por consiguiente, pueden ir á los bailes de máscaras de *La Estrella Madrileña*, lo mismo que á los de *Capellanes*, honradas hijas de familia, con la seguridad completa de que nadie llegue á conocerlas. Esto es evidente.

En tercer lugar, se trata de una empresa.

Toda empresa, moralmente considerada, es una cantidad mayor ó menor de dinero que tiende á multiplicarse.

Pues esta empresa busca que la concurrencia á sus bailes sea numerosa, y al mismo tiempo escogida.

Nada más justo; quiere resolver la cuadratura del círculo.

Quiere, pues, que vaya todo el mundo.

Ahora bien: ¿á qué duro que llame á la puerta

de esos salones no se le recibirá con las manos abiertas?

¿Quién no tiene un duro suyo ó ajeno?

Irá, pues, todo el mundo.

Y donde va todo el mundo, ¿no podrá ir una mujer honrada?

¿Estará la honradez de las mujeres condenada á reclusión perpetua?

¿Acaso la honestidad es una ignominia, que no puede decir en todas partes: «Aquí estoy yo»?

¿Por qué una mujer honrada no ha de poder ser también una mujer libre?

¿Será la cárcel la casa de las mujeres honradas, mientras el resto del mundo es de las mujeres libres?

En cuarto lugar, se trata de resolver una cuestión de moral profunda.

Los bailes de máscaras están moralmente desacreditados; y este elemento de civilización se pierde sin remedio, si las mujeres honradas no acuden á dar allí á las mujeres libres lecciones de decoro y de virtud.

Por otra parte, ¿dejarán que la empresa se arruine? ¿No han puesto los empresarios su dinero? ¿Por qué no han de poner las mujeres su honestidad, su virtud y su decoro?

Pueden ir sin inconveniente.

Ante todo, porque una empresa lo dice.

¿Qué ha de querer una empresa más que ganarse la vida?

Y si es cierto que para que la empresa gane, es

necesario que las mujeres honradas que vayan , pierdan, porque las otras que irán , de seguro no tienen nada que perder , también es cosa averiguada y de todo el mundo conocida , que la honradez no es dinero.

Y , por otra parte , ¿ qué más garantías quieren ?

Los salones estarán soberbiamente iluminados , para que todo se vea perfectamente , y podáis olvidar ante los esplendores de tanta luz la honesta obscuridad de vuestra vida.

El lujo se tenderá delante de vuestros ojos para que no veáis la enojosa pobreza de vuestro recato.

La música llenará vuestros oídos de ardientes melodías para que no escuchéis la voz enfadosa de vuestro decoro.

Y el baile , danzando delante de vosotras como un torbellino , os absorberá de tal manera , que conseguiréis al fin olvidaros de vosotras mismas.

Además , ¿ qué miedo puede tener vuestra honestidad ? ¿ Qué escrupulo vuestra inocencia ?

¡ Pues qué ! ¿ no tiene la empresa el permiso competente de la autoridad civil , encargada en estos tiempos de legalizar las ocasiones de todos los extravíos ?

¿ Qué más garantías necesita vuestro pudor de madres , de hermanas , de esposas ó de hijas ?

¿ No estará oportunamente vigilado el escándalo , para que no lo turbe ningún género de desorden ?

Si tenéis una honradez tan dura de casco y un

pudor tan terco , que todavía se os resiste , partamos la diferencia , transijamos , y la dificultad quedará vencida.

La transacción es esta :

Yo os concedo que no podéis ir á los bailes de *Capellanes* , y concededme vosotras que podéis ir á los bailes de *La Estrella Madrileña*.

¿ Creéis que son una misma cosa ?

Pues bien : transijamos también en este punto.

Son una misma cosa ; pero á la vez son todo lo contrario.

Son dos bailes de máscaras enemigos , dos negocios opuestos , dos empresas rivales.

Son el anverso y el reverso de una misma medalla.

Convenid , pues , en que concurrir á unos ó á otros es cosa distinta , y yo convendré en que es la misma cosa.

¿ Qué más necesitáis saber ?





## EUROPA , ÁFRICA Y AMÉRICA

---

**M**e atrevo á asegurar que hay la misma distancia de Londres á la Argelia que de la Argelia á los Estados Unidos; ó, de otra manera : que de la Argelia á New York y á Londres no hay más que un paso.

¿De dónde he sacado yo este disparate geográfico?

Veamos.

Se me ha ocurrido ante la historia auténtica de unos cuantos hechos confirmados por el testimonio de todos los periódicos que llegan de París, de Londres, de New York.

Hablan los periódicos franceses, y vienen á decirnos , poco más ó menos, lo que sigue :

« ¡Qué horror ! El hambre hace terribles estragos en las desoladas comarcas de la Argelia ; para dar

á los niños que caen desfallecidos en los campos, en los caminos y en las calles algún auxilio, hay que encerrarlos, porque, de otro modo, los hombres y las mujeres, sus propios padres, sus propias madres y sus mismos hermanos, les arrebatarían el puñado de habas secas que se les da una vez al día por todo alimento.»

Y añaden todos:

«El hambre, obrando sobre ese pueblo inculto y salvaje, parece que se empeña en romper los vínculos más poderosos de la naturaleza: la ferocidad ha llegado á los últimos límites.»

Este es el cuadro: he aquí el hecho.

Dos mujeres hambrientas, devoradas por la fiebre que esa terrible necesidad enciende, se encuentran frente á frente: cada una de ellas tiene en sus brazos á un niño, porque las dos son madres.

Se encuentran y se miran, y poseídas de la misma locura, dominadas por el mismo delirio, conciben á la vez un mismo pensamiento.

La una, adelantándose de repente, dice: «Comámonos á tu hijo».

La otra retrocede de un salto, y grita: «¡No, al tuyo!»

Y ambas se quedan inmóviles, con la mirada fija una en otra, como dos panteras antes de acometerse.

La primera se resuelve al fin, y propone un nuevo recurso, diciendo: «Comámonos á los dos»; y la segunda acepta.

Pero la dificultad vencida surgió de nuevo: ¿qué niño debía ser el primero? Ninguna de las dos madres quería que fuese el suyo.

Entonces echaron suertes, y la suerte designó la primera víctima, y la primera víctima fué devorada.

Se trata de sacrificar la segunda víctima; pero, sin duda alguna, la naturaleza indignada hizo un esfuerzo supremo, porque la madre del niño que aún vivía, cogió á su hijo, lo cubrió con su cuerpo, y con mirada frenética y ademán terrible, rugió desesperada: «¡Mi hijo no muere!»; y salvó á su hijo.

Tal es el hecho más bárbaro que ha producido en las salvajes comarcas de la Argelia la ferocidad del hambre en los tiempos presentes.

Para mitigar el horror que semejante escena nos inspira, debemos volver los ojos hacia ese punto luminoso que brilla detrás de los mares con todos los rayos del nuevo sol que conocemos con el nombre de civilización moderna.

Dejemos la barbarie de África, y tomemos la cultura de América; de la Argelia conquistada pasemos á los Estados Unidos conquistadores: el moro es estúpido, el yankee es ilustrado.

Aquí todo es miseria, allí todo es oro; la diferencia es inmensa: es la que existe entre el hambre y la sed.

*El Cronista de New York*, para que comprendamos todo el valor del hecho que va á referirnos,

nos explica la costumbre en que, digámoslo así, se funda el suceso cuyo relato vamos á escuchar.

Hace ya algún tiempo que hay allí la costumbre — así la llama *El Cronista de New York* — de asegurar las casas por un valor triple del verdadero, incendiándolas después, con cuyo sistema se han enriquecido muchos.

Admirable sistema de alumbrado, digno, sin duda alguna, del siglo de las luces, y cuyas chispas es muy posible que hayan puesto muchas veces en movimiento las bombas de Madrid.

Por lo que principalmente se conoce la índole moral de un pueblo, es por sus costumbres, y, como hemos visto, asegurar las casas por un valor tres veces mayor que su valor verdadero, é incendiarlas después, es en los Estados Unidos una costumbre; esto es, la cosa más natural del mundo.

Pero no todos encuentran á mano una casa que asegurar, y en este caso deberían encontrarse José y Josefina Brown, tiernos esposos, que, no teniendo una casa, tenían, ¡oh consuelo!, una ahijada.

El yankee posee la singularísima cualidad de ver dinero en el fondo de todas las cosas, y los esposos Brown vieron, con ávida perspicacia, una fortuna en el fondo misterioso de la vida de Angelina Stewart.

Y, claro está, siendo un tesoro esta vida, trataron de asegurarla; y, lo que es más natural todavía, trataron de asegurarla por una gran suma, porque aquella vida valía mucho para ellos; y

la aseguraron por ochenta y cinco mil pesos.

Pero he aquí lo que son las cosas: desde el momento en que Angelina Stewart se encontró con la vida asegurada, ya no tuvo su vida hora segura, y fué asesinada en Nueva Jersey.

Los esposos Brown hundieron el puñal en el corazón de Angelina Stewart, como se mete la mano en un bolsillo.

Para ellos la pobre niña era una gaveta dentro de la que había ochenta y cinco mil duros, y el puñal era la única llave con que se podía abrir aquella gaveta. ¡Soberbia ganzúa!

Y, claro está, la abrieron.

Tenían sed de oro, y bebieron la sangre de su ahijada.

¿Qué distancia hay entre las mujeres de la Argelia y los esposos Brown?

Ninguna.

Pero, ¡ah!, volvamos á Europa: delante de ella marcha la culta Inglaterra.

El inglés se destaca, en medio del humo que ennegrece á Londres, blanco como la nieve y rubio como el oro.

Si en los Estados Unidos se entienden los hombres por pesos, en Inglaterra se entienden por libras.

En España un *inglés* es una deuda; pero en Inglaterra un inglés es dinero.

No son allí los ríos de leche, ni las casas de azúcar, como en la antigua Jauja; pero allí el tiempo es oro.

El sol, avergonzado por los esplendores de aquella grandeza, pasa sin dejarse ver, y la niebla rodea á la ciudad de Londres como una madre abraza á su hija.

Sobre aquel horizonte, velado por la densa cortina de una niebla eterna, aparece de vez en cuando un sol triste, sin rayos, un sol apagado, que las gentes miran como los restos de una antigüedad muy lejana.

Al viajero se lo enseñan como el recuerdo muerto de una grandeza pasada, como creo yo que se enseñarán, á las caravanas abrasadas por el sol del desierto, las monstruosas pirámides de Egipto ó las solitarias ruinas de la soberbia Babilonia.

Esa gran ciudad, donde el sol se ve como una curiosidad arqueológica, como un resto de la creación, como un objeto de museo, es la gran ciudad de Londres.

No tengo noticia de que haya sobre la haz de la tierra otra ciudad á la que el sol no alumbre.

Londres es la ciudad de las sombras.

Pues, sin embargo, de esa ciudad parten todos los rayos que iluminan al siglo.

Ella es el centro luminoso de la civilización que poseemos.

Inglaterra es un astro que brilla con luz propia: no le debe nada ni al sol ni al cielo.

Por eso, sin duda, es un pueblo tan humano. Allí todo se hace, y allí todo se vende.

Volvamos, pues, los ojos á ese centro de po-

der, de civilización y de grandeza; mirémosle con la mirada más atónita de nuestra admiración más profunda; doblemos la cabeza, deslumbrados por el esplendor de su civilización inaudita, y recojamos con envidia de sus grandes periódicos estos datos monumentales.

María Maning—he ahí una inglesa—es joven, y debemos suponer que será rubia; además, es casada; lo cual deja entender que podía muy bien ser madre.

Todas estas circunstancias importan mucho.

María Maning tiene una vecina, y esta vecina tiene una hija de diez meses.

María Maning cree, por lo visto, que las vecinas no deben tener hijas, y coge á la niña y la quema viva.

Semejante ejemplo no podía quedar sin imitación inmediata.

El amor propio tiene en las mujeres un poder irresistible; y en las inglesas ese resorte debe ser más poderoso todavía, porque allí todo se fabrica con más perfección.

Lo que hace una joven casada, bien puede hacerlo una vieja viuda.

Detrás de una inglesa, hay siempre otra.

Detrás de María Maning, hay otra María Maning.

Si la primera es joven, la segunda tiene setenta y tres años, y le lleva naturalmente la superioridad de la experiencia.

Si aquélla quema viva á una niña de diez me-

ses, ésta quita la vida á un niño de cuatro años en medio de horribles martirios.

Es la honrosa competencia de una noble emulación.

Cualquier pueblo del mundo puede tener una María Maning; pero Londres tiene dos.

Y no se crea que la una ha nacido de la otra: entre ellas no hay más lazo común que el de ser inglesas, y, sin embargo, parecen hijas de una misma madre; pero no son más que hijas de una misma sociedad.

Pero allí todo es grande, y dos Marías Maning son poco para el orgullo inglés, humillado, sin duda, en esta ocasión por los esposos Brown y por las madres de la Argelia.

Era preciso más; era preciso levantar la mano á una altura considerable, y escribir con carbón de piedra: «Aquí llegó Inglaterra».

Y allí lo que es preciso, es, sea lo que quiera: é inmediatamente surgieron del fondo de aquella sociedad otras dos Marías Maning.

Otras dos piezas construidas en la misma fábrica.

La una asesina á un niño, la otra asesina á otro, y una de estas dos lo ejecuta abrasándolo.

Recopilemos:

En la Argelia una mujer se come á su hijo porque tiene hambre.

En New York los esposos Brown asesinan á su ahijada porque quieren dinero.

En Londres cuatro mujeres asesinan á cuatro niños, porque Inglaterra, que va á la cabeza de la civilización de Europa, no había de ser menos que la Argelia, que va á la cabeza de la civilización de África, ni menos que los Estados Unidos, que van á la cabeza de la civilización de América.

Aplicando esta historia á la geografía, se puede preguntar:

¿Qué distancia hay de la Argelia á los Estados Unidos y á Inglaterra?

Y se puede contestar:

Ninguna.

El África empieza en New York y acaba en Londres.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

“ALFONSO REYES”

1825 MONTERREY, MEXICO